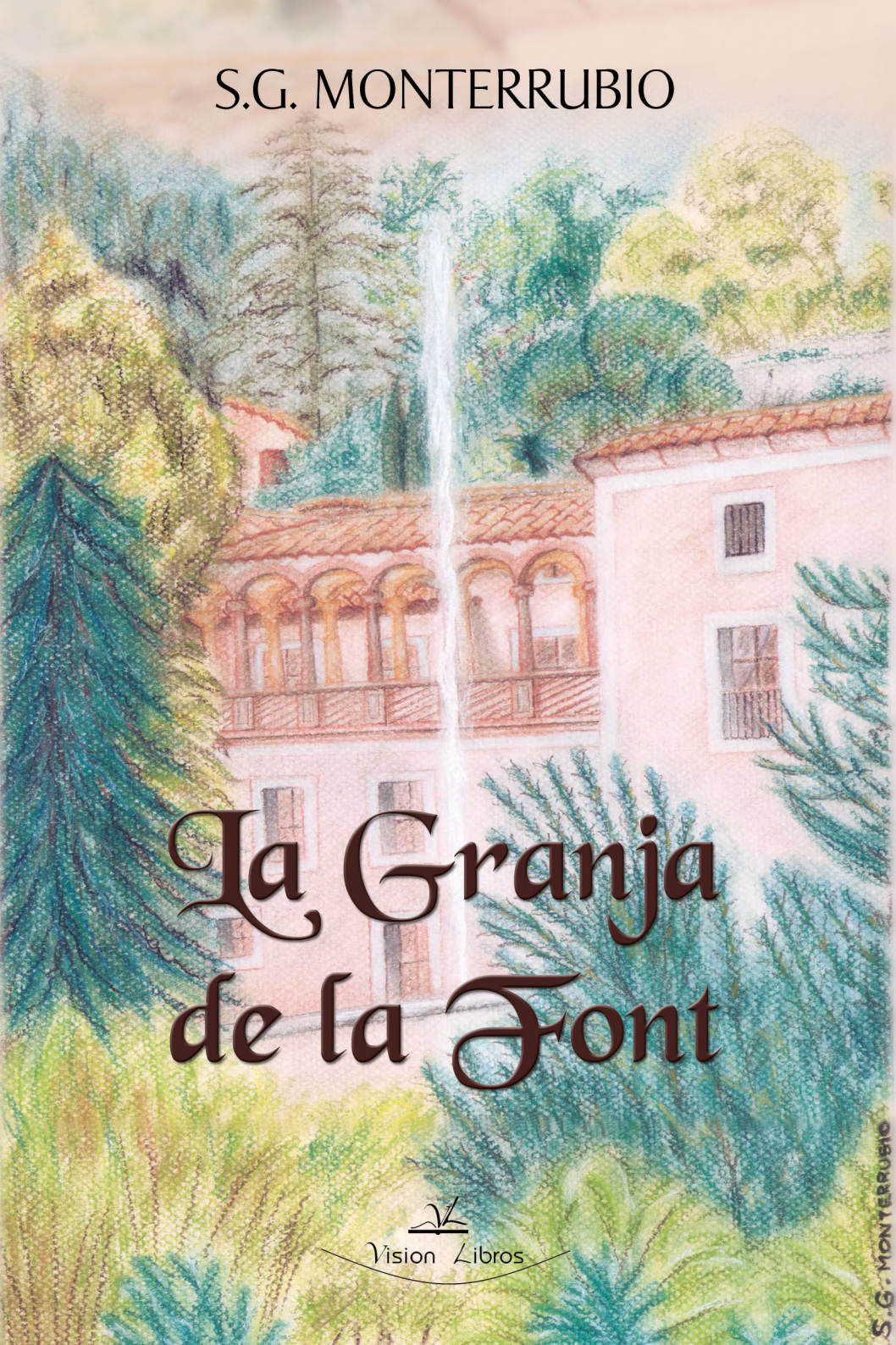
S.G. MONTERRUBIO



La Granja de la Font

Vision Libros

S.G. MONTERRUBIO

S.G. MONTERRUBIO

LA GRANJA DE LA FONT

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 La granja de la font. S.G. Monterrubio
© 2011 Editorial: Vision Libros
C/ San Ildefonso 17 Local 28012 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9983-942-4

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.visionnet-libros.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripcion@visionnet.es

A Josefina.
(musa de una realidad,
en el reino de mis sueños)

NOTA DE LA AUTORA:

Ambientada en algún espacio impreciso entre el 1400 y el 1700 E.C. el relato cuenta una historia totalmente ficticia, eso sí, con esa literaria libertad con la que usan los escritores nombres, costumbres y lugares reales para darle veracidad a los hechos, aunque estos, no coincidan exactamente ni en el espacio ni en el tiempo en que se les encaja en el relato. Han sido adaptados y maquillados de modo que cuadren con los sucesos que se intenta transmitir.

Por otra parte, y si bien es verdad que toda la historia es producto de la imaginación, la Granja es un lugar totalmente real que se conserva desde tiempos inmemoriales de una manera excepcional. Un verdadero paraíso que ha servido como inspiración para este cuento de sueños...

S.G. Monterrubio

PRÓLOGO

¡Llega ya esa agua caliente, por dios!.

Padre, padre, la comadrona necesita más agua, madre esta gritando, le duele…

Sentí dar todo vueltas a mi alrededor, el aire era gélido y espeso, casi se podía cortar, tuve que hacer fuerza a través de él para que mi voz pudiera ser escuchada.

¡Padre! — volví a gritar con todas mis fuerzas, bajé del piso de arriba los escalones de tres en tres y tropecé con el último para ir a dar con la cabeza en el prominente vientre de mi padre.

¡Tranquilo hijo!— espetó, pero su voz temblaba y no transmitía la paz que querían sus palabras— el médico acaba de llegar, esta bajando del carro, — me rodeó con su enorme brazo y sentí el calor de todo su cuerpo paternal, abrigándome el alma.

¿Dónde esta Carmela? — preguntó Don Jaime al abrir de golpe la puerta. Al mismo tiempo que terminaba la pregunta mi padre alzó la vista hacía el piso de arriba.

Apareció con su maletín de piel negro, con los bordes raspados de tanto uso y tan poco dinero con el que poder cambiarlo, entró con paso firme en la estancia como si paseara por ella habitualmente. Don Jaime era un hombre delgado y de aspecto sombrío pero desprendía un áurea de seguridad que cualquiera le confiaría su propia alma al mismo borde de la muerte, no era un tipo simpático ni afable, era un médico y como decían sus ayudantes, el no curaba a sus enfermos con la conversación, sino con la diligencia, la efectividad y muchas, muchas horas de estudio.

Subió las escaleras tan de tres en tres como las había bajado yo minutos antes, y con la misma resolución con la que entró en la casa, atravesó la puerta de la habitación de la parturienta.

¡Cierra la puerta! — pidió con seguridad, dirigiéndose a la comadrona.

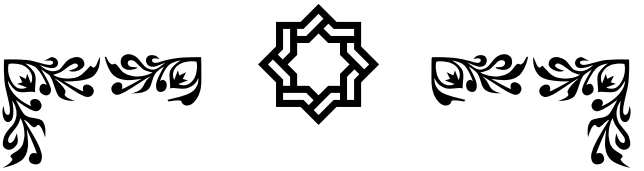
Mi padre y yo le habíamos seguido escaleras arriba, pero con un gesto de la mano, tan resuelto como con el que abrió la puerta nos hizo detenernos y a punto estuvo de darnos con ella en las mismísimas narices.

Padre volvió a bajar las escaleras, pero esta vez iba despacio, arrastrando los pies como si no le pertenecieran, los hombros le caían pesadamente y yo no paraba de mirarle, su preocupación se podía masticar.

— ¿Qué pasa padre?— le pregunté, pero no me contestó, él no gesticulaba, pero a través de sus ojos veía las lágrimas que no terminaban ni terminarían nunca por salir. Algo andaba mal.

Tomó con su especial ternura paternal mi mano y me llevó con él fuera de la casa, nos sentamos en el frío escalón de la puerta ya en la calle y me rodeó con su brazo.

No habló, solamente me acunaba con dulzura y cantaba apenas en un susurro.



PARTE I



RELACIÓN DE PERSONAJES PARTE I

Gabriel Truyols — *padre*

Carmela Descallar — *madre*

Salvador Descallar — *abuelo materno*

Francisca de Descallar — *abuela materna*

Ernesto Truyols — *Abuelo (adoptivo) paterno*

Raúl Truyols — *hijo mayor de Ernesto*

Manuel — *amigo intimo de Gabriel*

José Truyols — *hijo mayor de Gabriel*

Nicolás Truyols — *hijo menor de Gabriel*

D. Adrian Fortuny — *Marques de la Font*

Dª. Victoria de Fortuny — *Marquesa de la Font*

Dª. Jimena de Fortuny — *primera esposa de Don Adrian*

D. Baltasar Fortuný — *padre de Don Adrian*

D. Jorge Fortuny — *hijo de Don Adrian y Doña Jimena*

Dª. Elena de Berard — *esposa de Don Jorge*

D. Francisco de Berard — *padre de Doña Elena*

Srta. Adriana Fortuny — *primogénita de Don Adrian y Doña Victoria*

Srto. Guillermo Díaz de Blas — *prometido de la Señorita Adriana y futuro Conde*

Srto. Gaspar Fortuny — *hijo segundo de Don Adrian y Doña Victoria (seminarista)*

Srta. Julia Fortuny — *hija tercera de Don Adrian y Doña Victoria (mejor amiga de José).*

Srta. Isabel Fortuny — *hija cuarta de Don Adrian y Doña Victoria (asmática)*

Srtos. Jerónimo e Ignacio Fortuny — *mellizos de los Marqueses (hijos quinto y sexto)*

Srta. Beatriz Fortuny — *benjamina de Don Adrian y Doña Victoria*

D. Jaime — *médico del pueblo*
D. Fabián Pérez Cano — *gobernador de la isla*
D. Ricardo Garriga — *virrey de la isla*
D. Sebastián Cirer — *encargado y albacea de la Granja*
Padre Joan de León — *abad*
Circulatro de la Vega — *santo*
Fray Cristóbal — *monje de la abadía*
Sr. Leopoldo — *herrero*
Srª. Tomasa — *vecina de Gabriel y Carmela*
Srª. Virtudes — *la cocinera*
Srª. Luciana — *vecina de Gabriel y Carmela*
Srta. María — *profesora de historia del Señorito Guillermo*

CAPÍTULO I

Dicen que la voz de mi padre había sido la que conquistó a mi madre y que los intensos ojos de ella fueron los que le eclipsaron a él del mundo, para ya no poder ver más que a través de ellos.

La granja era su paraíso, su lugar, el lugar. Ya el primer día que llegó allí cargado de fanegas de trigo desde el puerto, se sintió en casa. No habría deseado vivir en ninguna otra parte.

—¡Padre! — pregunté mientras paseábamos por los bosques circundantes.

Recolectábamos frutos rojos con los que mi madre solía hacer mermeladas para la casa, siempre guardaba un tarro para nosotros y los domingos que sacábamos una hogaza recién hecha de los hornos de la casa, desayunábamos junto al fuego aquella deliciosa mermelada roja que deseábamos no se acabara jamás.

—¿Qué, hijo? — contestó, sin mirarme.

—¡Cuéntame otra vez la historia de la granja!, por favor — supliqué apretando con manos juntas.

—¿Otra vez? — preguntó con aparente desgana.

—Por favor, — supliqué de nuevo — ¡me encanta cuando me la cuentas!

—Bueno— arrastró las palabras pesadamente, pero el deseo de contármelo era mayor en él que el mío de volver a escucharlo — pero tienes que ayudarme, si veo que paras de coger las moras dejo de hablar, se acerca la hora del almuerzo y aún nos queda tarea por hacer.

—Sí padre, tu cuenta que yo trabajo — abracé el canasto de paja contra mi pecho y comencé a estirar los brazos

todo lo que me dieron de sí para comenzar con las moras más altas, mientras, entornaba los ojos disimuladamente para saborear con más ahínco sus palabras.

—"Fueron los árabes los que construyeron todo esto, vinieron al galope de sus caballos castaños, los más bellos del mundo conquistando la isla y cuando llegaron a este lugar se enamoraron de él. Levantaron la gran casona y los molinos de agua convirtiendo este edén remoto en una alcarria. Arreglaron las tierras, las allanaron para sembrar y poner huerta, hicieron el horno y prepararon los talleres. Todo con el propósito de que la granja pudiera autoabastecerse sola, para que en caso de guerra o invasión, su pequeño paraíso no fuera alterado. Pero ya los romanos en su día se habían fijado en su belleza y sobre todo en el milagroso caudal de agua que emanaba de la fuente de la granja, su gran tesoro, su verdadera riqueza".

—¿Cuánto mide, padre? — pregunté con interés aunque sabía de sobra la respuesta

—¡Treinta pies de altura! — respondió — y retirando los ojos del arbusto los posó a lo lejos en el intenso chorro de agua que con la potencia de un geiser fluía desde el suelo hacía el cielo.

Las gotas que se dispersaban a un costado de él las atravesaba el sol con un sin fin de colores que al ojo humano le regalaban un arco iris constante. ¡Era tan hermoso! Sólo era necesario que saliera un poco el astro estrella y podía gozar de su arco iris particular, algo que todos miraban y querían con orgullo y ¡cuantas horas se les llevaba la contemplación de dicho fenómeno!

Seguí los ojos de mi padre y no necesitaba que hablara para ver lo que veían… ¡Yo podía pasarme las horas muertas también, contemplándolo!, ¡aquellos colores difuminados que se disolvían al final del arco acuoso en el suelo! El pecho se me hinchaba de orgullo como a él.

Yo también amaba la granja.

En ella trabajaban varias familias como asalariados, en un principio fueron los esclavos los que cultivaban aquellas

tierras, pero la abolición de la esclavitud les había dado la oportunidad de hacerlo por dinero o por amor.

En el caso de Gabriel había sido por amor.

Nunca conoció a sus padres y ya sus primeros recuerdos fueron las tinajas, el trigo y el puerto.

Los mercaderes deambulaban de un lado para otro ofreciendo sus mercancías traídas desde la península u otros lugares a través de mar. Una calurosa madrugada de agosto un marino lo encontró envuelto en una manta cuando se disponía a preparar el barco para ser cargado. Al principio pensó que era algún animal muerto que alguien lo había dejado en el muelle para tirarlo al mar, pero al irse acercando a él un leve sollozo le aceleró el corazón. Con cautela, fue desenroscando la manta y una sonrosada carita apareció tras ella. Era un niño robusto y fuerte a pesar de las pocas horas de vida que debía de tener, apenas había sido amamantado, pero tenía buenos genes. Lo levantó del suelo y corrió hacia la lonja con él en brazos.

Una mujer mayor que ya había vivido y visto en numerosas ocasiones la misma situación, lo alimento y llevó al orfanato del puerto. Parecía ser un hábito normal abandonar a los recién nacidos en el muelle, las jóvenes madres que lo hacían, tras ocultar como podían sus nueve meses de preñez, anhelaban en sus sueños que algún rico mercader los acogiera y llevara a con él a descubrir nuevos mundos. Era un sueño lícito cuando se era joven y muerta de miedo ante la amenaza de haber deshonrado a la familia y repudiada por todos los demás, máxime cuando en la mayoría de los casos el fruto que llevaban no era producto del devaneo de unos cuerpos jóvenes y apasionados, sino de los abusos de un señor que se creía con el derecho a todo y a todos. Aquel sueño de madres adolescentes corrió como un polvorín por la villa y casi todos los meses algún transeúnte o trabajador encontraba un bebé envuelto en mantas en el muelle. Los más afortunados eran hallados vivos, pero, cuando el invierno llegaba, casi todos aparecían muertos de frío o de inanición.

Tantos eran los que se encontraban, que desde la península reunieron fondos benéficos recaudados por los nobles, para construir un orfanato allí mismo, en el puerto.

Hay quienes aseguraban que no fue la caridad la que les llevó a tan buena obra, sino la mala conciencia.

No tardó mucho en semi-cumplirse el sueño de su adolescente madre, puesto que cuando apenas supo comer por sí sólo, un mercader de trigo llegó a la isla. Su esposa y su hijo hacía algunos años que habían fallecido en un naufragio del que sólo él había sobrevivido. Era muy rico y al no tener herederos sus más allegados pululaban constantemente alrededor suyo tan servilmente que le producía náuseas. De modo pues que decidió adoptar un niño, un niño fuerte y robusto como él y así tendría un heredero y todos aquellos que deseaban su fortuna dejarían de asediarlo.

Así fue, Gabriel Truyols creció fuerte y robusto como un toro, eso es lo que vio en él su padre adoptivo cuando llegó al orfanato, sus ojos se posaron en el niño y supo que era él a quién buscaba, nunca se puso enfermo, nunca se quejó, sólo trabajó, agradecido de poder hacerlo.

Pero su felicidad no fue eterna, a aquel rico mercader se le aparecieron novias por todas partes, y aunque él se regodeaba en el recuerdo de su esposa, al final una captó su atención y ella, presta, le dio un hijo, un hijo varón.

Poco a poco, según la alegría de su padre aumentaba, iba disminuyendo la suya, de modo que éste pasaba las horas adorando a su hijo natural y su hijo adoptivo pasó a un segundo término.

Su nueva esposa era muy fértil y en pocos años le llenó de vástagos ruidosos y ricos, la codiciada herencia ya estaba más que repartida así que, cuando la adolescencia dejó paso a un hombre fuerte e independiente comenzó a soñar su propio destino fuera de aquella familia.

Como si fuera un asalariado de su padre, trabajaba de sol a sol. Cargaba tinajas de trigo desde el muelle hasta el puerto, donde las subían en carros tirados por mulas y las llevaban a las diferentes villas de la isla.

Él nunca había estado en la granja, nunca lo habían necesitado, pero aquel año había llovido poco y la cosecha apenas era suficiente para pasar el invierno, de modo que los amos de la casa habían decidido comprar algunas tinajas de trigo.

A sus escasos diecisiete años él era el que transportaba los carros por todas las villas de la isla. Sólo en él confiaba su padre. Las cosechas en la isla habían sido muy escasas, ya era otoño y los días se hacían más cortos, mucho era el trabajo por hacer, había que descargar los barcos que llegaban por cientos desde la península, llevar la mercancía desde los muelles al puerto, pesarla, repartirla, cargarla de nuevo ahora en los carros y atender los diferentes pedidos de las villas de la isla. El tráfico era inmenso, el ir y venir del gentío era el aire que necesitaba para respirar, el duro trabajo era el oxígeno que le daba la vida.

Era inusual el pedido recibido desde la granja, de modo que la forma de pago, la descarga y todo lo demás estaba por definirse. Decidió que sería el primer envío que realizaran aquel día. El camino no era el habitual y, aunque sólo lo distanciaban cinco horas en carro, no sabían qué les depararía el trayecto.

Manuel andaba a su lado y él tiraba de las riendas de las mulas, cada hora cambiaban, de modo que los dos anduvieran frescos para cargar la mercancía a la llegada. Manuel era un trabajador de su padre un chico poco mayor que él que también sacó del orfanato unos cuantos años después, cuando necesitó un trabajador y siempre prefirió formarlo él que le llegara mal enseñado.

Manuel era diligente y un buen amigo, el mejor. Sólo con él se encontraba a gusto trabajando y sólo con él podía estar callado horas y horas que no necesitaban hablar para estarse comunicando.

Después de las cinco horas sin contratiempos llegaron a la granja, cuando los árboles fueron despejándose y abriéndose al claro que la ubicaba, los ojos de Gabriel se abrieron como platos. El corazón se le aceleró dentro del pecho y se sintió en casa.

CAPÍTULO II

Les abrieron las verjas de la puerta principal y se bajó del carro para ayudar a Manuel a tirar de las mulas. Sus ojos recorrían todo el derredor analizando cada árbol, cada parcela, hasta toparse con la casona que se erigía recia y señorial justo al fondo.

Atravesaron las verjas y condujeron el carro por un camino de tierra elevado desde el que se podía observar toda la finca, las tierras de cebada y trigo colindando los linderos del terreno, los huertos de hortalizas, los diferentes árboles frutales que coloreaban el entorno, el campo de girasoles, las cuadras, las corralas de animales de granja , la jaula central en la que el amo depositaba las aves extrañas que iba recopilando de sus viajes, como si fueran trofeos y el magnífico chorro de agua que se elevaba hasta el cielo. Aquello le maravilló, en su vida había visto el agua ascender hacía arriba, siempre lo había visto descender o verterse, pero nunca ascender. La mandíbula se le descolgó y se quedó boquiabierto con una expresión un tanto pánfila.

Manuel le miró y le dio un ligero golpe con el codo, haciéndole volver a tierra. A éste, no le llamó la atención la paradisíaca finca sino el olor que, atravesando todo el camino, salía de las cocinas. Habían partido de madrugada y ya las tripas le pedían un poco de pan y un buen trago de vino. Las grandes hogazas que se habían estado horneando bien temprano ya estaban listas y el aroma a pan recién hecho envolvía la finca. Se le hizo la boca agua.

Agarró con más fuerza las riendas y aceleró el paso.

Gabriel sin embargo no paraba de observarlo todo y así continuó hasta que llegaron a la puerta de las cocinas.

Antes, incluso, de su llegada, el servicio ya les estaba esperando. Salieron dos criadas jóvenes a ayudarles con las mulas, les cogieron las riendas y las ataron a la anilla de bronce que estaba insertada en la pared junto a la puerta.

—Una tinaja, la pequeña, — gritó la cocinera desde dentro señalando con un dedo a través de la ventana — tenéis que dejármela aquí, el resto llevadlo detrás de la casa, al granero de ladrillo rojo que está a la derecha junto a la herrería.

Manuel rodeó el carro y se dirigió a la parte de atrás para coger la tinaja que le indicaba la cocinera, era la que estaba la primera, porque supuso que ya que estaban en el reparto les vendría bien dejarla a mano, antes que tener que transportarla después desde el granero.

La cocinera salió de la cocina abrazada a una olla rojiza tiznada de negro por la parte de abajo que indicaba el mucho uso que se le había dado y que aún se le estaba dando.

—Venga, comed algo — les pidió, mientras abría la olla y les mostraba unos suculentos chicharrones — seguro que no habéis probado bocado en todo el camino.

Como si le hubiera estado leyendo el pensamiento a Manuel, este dio gracias al cielo por la hospitalidad y generosidad de aquella rolliza mujer.

Una niña ataviada con cofia y delantal blanco bien empuntillado a bolillos, les extendió media hogaza de pan y una bota de vino. A Manuel le hicieron los ojos chiribitas viendo aquello. Y sin reparo alguno se agenció un buen pedazo de pan, unos cuantos chicharrones, los que su mano tuvo capacidad de abarcar, y a manos llenas sujetó como pudo la bota de vino para escanciarse un buen trago.

Gabriel fue más comedido y sin dejar de mirar a su alrededor, tomó un poco de pan, le juntó un chicharrón y se dispuso a comer con poco interés.

Cuando terminaron de dar buena cuenta de aquellas modestas pero deliciosas viandas, tomaron otra vez las riendas del carro y dirigiéndose hacía la izquierda de la casona la comenzaron a rodear.

El agua chisporroteaba por detrás suyo. El sonido de las gotas al llegar al suelo transmitía una sensación de paz, de sosiego, de calma, pero también de una juguetona algarabía.

Gabriel vio el arco iris que producían al fundirse con el sol y se maravilló. A través del agua vio una figura femenina.

Estaba lejos, pero con una gracia sin par, iba acortando el camino. Se movía con soltura, sujeto un extremo de la falda y las enaguas en el cinto para no arrastrar por la tierra. Llevaba un azadón en la mano y, a cada rato, se para-

ba para clavarlo en la tierra y moverla de un lado a otro y así poder cambiar el curso del agua. Estaba regando la huerta y las regaderas de tierra conducían el agua por los canales hasta las hortalizas. Cuando los surcos se llenaban, había que cambiar las compuertas para que este, llegara a otros lugares.

La mujer fue haciéndose cada vez más nítida y se percató que, aunque su cuerpo era maduro con anchas caderas y generosos pechos, su rostro era el de una niña. Miraba hacia el suelo fijándose en el terreno y centrada en su trabajo, pero un mechón de su negro y rizado cabello se había soltado de la cinta con la que lo sujetaba en la parte alta de la cabeza. Apoyó el azadón en el suelo, alzó el dorso de la mano e, irguiendo el rostro, se lo quitó de la cara.

Entonces, le vio los ojos… y el dolor en el pecho… apenas le dejó respirar.

Eran ligeramente rasgados, como una almendra, grandes y de un intenso color verde olivina, tan intenso, que no podías dejar de mirarlos, eran hipnóticos, parecían poder atravesarte el alma, descubrirte las entrañas.

Sus largas pestañas y sus oscuras cejas en forma de alas de gaviota los enmarcaban confiriéndole a la totalidad de su rostro un ligero aire felino, con una clara y exótica ascendencia árabe.

—¡Gabriel! — exclamó Manuel mientras le zarandeaba suavemente cogiéndole por el brazo — ¡Gabriel! — insistió, pero esta vez con más fuerza y empleando un tono de voz ligeramente más alto — ¿estás aquí?, desde que hemos llegado no paras de pasearte por las nubes. Quieres hacer el favor de espabilar, aún nos queda mucho que hacer y ya esta entrando la mañana.

El almuerzo le había dado a Manuel fuerzas renovadas y se encontraba con ganas de continuar.

—¿Qué? — contestó por fin, y con desgana volvió el rostro para mirar a su amigo, quién gesticulaba con exageración moviendo de un lado a otros las manos frente a su cara para comprobar que veía.

—¡Vamos!, tienes que ir a hablar con el encargado antes de bajar las tinajas, no sabemos cómo lo van a pagar y no están las cosas como para fiar la mercancía.

—Bueno, bueno, ya voy… — dejó a un lado el carro y se dirigió a la entrada principal para preguntar por el encargado de la finca.

Aquellas tierras pertenecían al Marqués de la Font, un hombre poco amante de las fiestas de sociedad y solitario, y más aún después de perder a su primera esposa. Se sabía de él que era amante de los libros y que su biblioteca competía con las mejores y más completas de la isla, incluso de la península. Muchos eran los que acudían a él por consejo o ayuda y nunca se oyó que dejase a ninguno desamparado o al menos que no lo hubiera dado audiencia. No obstante, no solía abandonar sus tierras, era un gran amante de los caballos y de los animales exóticos, en particular de los pájaros, y puesto que ya había viajado a muchos y diferentes lugares debido a sus compromisos de negocios, no albergaba deseo alguno de continuar haciéndolo.

Adoraba a sus hijos y deseaba enseñarles y disfrutar de ellos todo lo que la vida le permitiera. No entendía como algunos abandonaban el cuidado y la educación de su prole a nodrizas e institutrices, cuando lo más bello, lo mejor de la vida eran ellos.

Ya tuvo que hacerlo con su primer hijo, y no quiso hacerlo con el resto.

Sus pertenencias las administraba un albacea que además era el intendente o encargado de la finca; todo pasaba por sus manos, desde la contratación de nuevos jornaleros hasta la comida que se preparaba en las cocinas. Compraba los tejidos de hogar e incluso los uniformes del servicio.

Él había sido el que se desplazó hasta la villa del puerto para contratar los servicios de los Truyols y comprar trigo.

Al tiempo que llegaba a la puerta, él, Don Sebastián Cirer, salía.

Sacó dos bolsas de seisenos, moneda de plata que valía seis dineros, y se las entregó.

—Pésalo, esta todo — dijo con indiferencia — ¿es lo acordado, no?

Sopesó con una mano la bolsa, mientras con la otra la sujetaba y afirmaba con un ligero movimiento de la cabeza.

—No es necesario — inquirió Gabriel — está bien.

La experiencia en transacciones comerciales ya le había curtido en ello y tan sólo con el bulto a ojo, ya sabía que las cosas estaban bien.

No eran muchas las ocasiones en las que Gabriel comerciaría a posteriori con la Granja, pero él siempre buscaba alguna excusa para desviarse hacía allí, o incluso en los días que tenía libre caminaba largas horas durante la noche para sentarse, arropado por el alba y su arbusto de bellotas, a observar a Carmela iniciar su jornada.

Ella nunca se percató de su existencia, él guardaba las distancias y no se acercaba a ella, era la princesa de su cuento particular y temía que si se acercaba mucho la magia se desvaneciera. Si no daba ningún paso hacía adelante, nunca tendría que retroceder y el temor al rechazo era tan fuerte que le entumecía.

Así pasaron cuatro largos y soñadores años, en los que iba y venía a la Granja como una sombra que aparecía y se desvanecía. Sólo los trabajadores de la finca que se topaban con él lo sabían y la devoción con la que la miraba no pasaba desapercibida, pero todos guardaban su secreto en mutua confidencialidad.

Hasta que un día, próximo a la Festa de Vermar, o de la vendimia, alguien le invitó a asistir.

Durante una semana entera dudó si aceptaría, pero Manuel en defensa propia le instó a hacerlo, no aguantaba más sus desvelos y sus ensoñaciones, no aguantaba más estar hablando con él y descubrir que estaba soñando despierto.

Le ayudó a preparar su traje para el baile tradicional de danzante, y lo fue extendiendo con cautela sobre un paño oscuro que después ataría con un cordel a modo de saco.

Manuel, además de su compañero, amigo y ayudante, era lo más parecido a un hermano mayor que tenía. Se ocupaba de sus cosas personales tanto como de las laborales, y siempre estaba pendiente de él. Si comía, si dormía, si reía, si sufría. Nada se le escapaba y si tenían problemas con alguien era también él quién ponía la otra mejilla.

Gabriel iba mentalmente vistiéndose para no olvidarse nada.

Primeramente estiró las Polainas de paño negro, el tejido era fuerte y recio. Recordó lo ceñidas que se le quedaban a las piernas al ponérselas y sonrió. Tomó las ligas con las que las sujetaría a la altura de las rodillas y leyó su inscripción: "ni me presto ni me doy sólo de ti dueño soy"…

Volvió a sonreír, hacía años que sus ligas tenían esa inscripción bordada, como era la costumbre, sin embargo nunca hasta ahora había tenido un destinatario. Cada uno elegía su propia inscripción y a él siempre le gustó aquella, algo en su interior le decía que su compañera aún no había llegado, pero que cuando lo hiciera sería el centro de toda su existencia. Las polainas cubrían la parte superior del zapato, de modo que terminaban en una especie de aletas.

Se inclinó sobre el arcón y tomó las Bragas. También eran negras y se ceñían a la cintura con un cordón de seda que colocó sobre ellas. Después buscó la Camisa de lino. Ya amarilleaba un poco, pero debajo del Chaleco apenas se notaría, ésta, llevaba las "colonias", cintas de seda de colores, cosidas a la espalda como era la costumbre. Su prenda preferida era el Chaleco, de color rojo vivo, estaba bordado en sedas de colores e hilo de oro, formando flores y motivos ornamentales. Lo acercó hacia su rostro y lo olió, olía a buñuelos y sobrasada, a fiesta y alegría, olía a cosas que le gustaban y le traían buenos recuerdos. Los botones de plata le rasparon las mejillas y recordó vividamente el momento en que su padre adoptivo se lo había regalado.

Nunca sus manos habían tocado una prenda tan hermosa, de modo que lo cubrió con un paño de lino fino y lo guardó, limpiándolo vehemente después de cada uso.

Encima del Chaleco se colocaría la Armilla negra. Como era una chaqueta muy entallada decidió probársela. Le sentó como un guante a pesar de que ya hacía tiempo que la tenía. Si bien era verdad que de hombros le oprimía lige-

ramente, su cintura estrecha y su vientre firme y plano no habían cambiado, con lo que pudo abrochársela con los cordones de seda que tenía en la parte delantera, sin dificultad. No tenía solapas y por debajo de ella se asomarían tímidamente el Chaleco y la Camisa.

Rebuscó en el interior del baúl hasta encontrar el Cinto de cuero. Forrado de terciopelo rojo, de unos ocho centímetros de ancho, estaba bordado en sedas y felpilla de colores y llevaba unos bolsillos adicionales para guardar las castañuelas. Dobló con destreza la Capa negra de fuerte paño y la colocó sobre las otras prendas con cuidado de que no se arrugara demasiado la esclavina ribeteada que tenía en la parte superior. Recordó que el año pasado le llegaba hasta más abajo de media pierna y supuso que este año ya le quedaría más corta. Y por último, cogió las Castañuelas y el Sombrero de color pardo, este era de fieltro y ala ancha, llevaba cordones de seda alrededor, terminados en artísticas y lujosas borlas y por debajo se colocaría la "corra" blanca, un pañuelo enrollado alrededor de la cabeza. Las borlas de seda o "cimpampanos" de las castañuelas le rozaron las muñecas y sintió el deseo de comenzar a tocarlas y cantar.

Siempre había cantado en las fiestas y su voz era el mejor de sus atributos. Su padre lo descubrió una tarde mientras trabajaba tarareando a viva voz una canción popular y tuvo que pararse un momento para deleitarse en escucharle. Desde entonces siempre le animaban a hacerlo en las ocasiones especiales y, por qué no, él siempre les complacía.

CAPÍTULO III

Aún no había despuntado el alba cuando Gabriel puso los pies fuera de la cama.

Estaba nervioso y su excitación le había impedido conciliar el sueño aquella noche.

Apenas empezaban a calentar los primeros rayos del sol otoñal que atravesaban la ventana y un estremecimiento le recorrió el cuerpo, quizá podría deberse a las bajas tempe-

raturas que les empezaba a regalar la estación, pero él sabía que no era por eso.

Había buscado alojamiento en un pueblo vecino a la Granja, en un hostal viejo y destartalado, pero limpio y bien atendido. Los habitantes del pueblo se solían unir a los empleados de ella, para las celebraciones locales más importantes y una era la de la vendimia. Ésta se celebraba la tercera semana de septiembre, mes en que se recogía la uva. Como en la Granja no había mucho terreno cultivado con cepas, la compraban a algún payés independiente, luego la pisaban y maceraban su propio vino y licores en sus bodegas. Sus caldos tenían buena fama y al Marqués le gustaba agasajar con ellos en las contadas ocasiones en que tenían invitados.

Gabriel bajó a la cantina y pidió vino, queso y pan para desayunar. Manuel no estaba con él, tenía que atender unos asuntos y después se reunirían durante la fiesta.

Este año se iba a celebrar en la explanada contigua. Era un claro del bosque amplio que colindaba con estas tierras y en donde comerciaban con enseres y artículos los trabajadores de la misma entre los habitantes del pueblo o con algún payés.

Las mujeres compraban tejidos que no hilaban ellas mismas, como la seda, traída de Oriente, y a los hombres les gustaba hacerse con tabaco de mascar o alguna que otra fruslería.

Avió con avidez el almuerzo y subió de nuevo a la habitación para preparar su traje. Días antes, cuando decidió por fin asistir a la fiesta, se había unido a los mozos para el baile y como ya era diestro en él, prestos le incluyeron en su grupo de danzantes.

A las diez comenzaba la cabalgata. Hombres y mujeres, ataviados con sus mejores galas, acompañaban a las carretas que transportaban la uva a las pilas en donde se las pisaba. Al lado de las carretas caminaban carrozas adornadas de flores tardías con doseles en forma de arcos y, dentro de ellas, las mocitas, vestidas con el traje típico, estaban montadas saludando con sus manos a familiares y chiquillos que les acompañaban el trayecto. Los caballos se reservaban para tirar de las carrozas y las mulas para tirar de las carretas de uva. Los tamborileros y dulzaineros no cesaban de tocar desde que comenzaba la algarabía por la mañana,

hasta bien entrada la noche en que terminaba y al paso de la cabalgata se apostaban los mozos solteros con sus bailes tradicionales.

Gabriel se colocó junto a sus compañeros al lado derecho de la primera carroza en la que, para desazón y alegría suya, estaba montada Carmela.

Carmela miraba hacia adelante absorta en sabe dios qué pensamientos y con una sonrisa congelada en los labios un tanto fingida.

Él lo sabía, había estudiado cada una de sus expresiones, las había aprendido de memoria y sin haber hablado nunca, la conocía.

No se atrevió a mirarla.

Continuó danzando con sus compañeros al ritmo de la música.

Las mujeres mayores traían cazuelas con exquisita sobrasada, las últimas que quedaban del año, pues la matanza se hacía en los meses de enero y febrero para que no se estropeara la carne del cerdo antes de trabajarla. A las alturas que ya estaban, poco era lo que quedaba de ella, pero guardaban la sobrasada en las tripas más duraderas para permitirse gozarla en el mes de la vendimia. El aire emanaba efluvios de buñuelos, hogaza, fritanga y sobrasada, y los más pequeños ya estaban dando cuenta de las festivas viandas. Sus madres habrían pasado las semanas precedentes intentando acoplarles los trajes que algún primo, vecino o hermano les había pasado por quedárseles pequeños y ahora, vestidos todos iguales, llenaban la explanada de alegres colores y griterío de fiesta.

Después de llegar las carretas a las pilas, pisar descalzos la uva y traspasarla a las tinajas de barro que con anterioridad habían sido untadas con pez, dejaron que el mosto comenzara su lenta cocción y llevaron las carrozas al centro de la explanada.

Manuel ya se había incorporado a la fiesta y Gabriel rápidamente había notado su presencia, con lo que un sentimiento de paz y tranquilidad le había comenzando a cubrir.

Hacia el medio día llegó la hora del canto. Sus compañeros de danza ya sabían de su virtud, pero por si no les

había quedado suficientemente claro, Manuel se acercó al grupo cuando estaban decidiendo quien abriría la "Cantora", concurso de canto, en aquella ocasión.

—Gabriel, hazlo tú — sugirió Manuel, mientras con las palmas de las manos hacia arriba gesticulaba de arriba abajo en un ademán de que se levantara.

—¿Qué estás diciendo? — objetó, haciendo un gesto inverso al suyo con las manos, indicando que bajara la voz.

—¿Por qué no? — insistió — ¡eres el mejor!, quién mejor que tú para iniciar la "Cantora".

—¡Pero qué dices!, ¡tú no sabes como canta esta gente!, además somos forasteros en su fiesta, ¿quién soy yo para iniciarla?

—He oído que lo haces muy bien — dijo uno de los mozos — ¿por qué no?, otros años ya lo hemos hecho nosotros y a decir verdad nada se pierde el mundo si no nos escucha, creo que los jueces eligieron a uno, no porque lo haga mejor que los demás sino por descarte comenzando por el más malo hasta el menos penoso…

Una sincera carcajada se apoderó del grupo y aunque el rubor le tenía agarrotadas las cuerdas vocales, decidió que no tenía nada que perder.

Empujado por sus compañeros subió al escenario, que habían fabricado con tablas y troncos de madera y comenzó a cantar.

Muchos estaban pendientes, pero los que no lo estaban lo hicieron de inmediato con un brusco giro de cabeza.

—¿Quién es ese mozo? — se oía susurrar de unos a otros — ¡que voz tan prodigiosa!

Se le oía suave y con tonalidades en alza y en baja precisas, seguras, firmes y masculinas. Pero a la vez cantarinas, dulces y estremecedoras. Más que introducirse, te acariciaba los oídos.

Carmela volvió la cabeza y durante unos segundos los ojos de ella toparon con los de él y Gabriel sintió que su voz se le quebraba.

Durante el resto de la jornada festiva ella estuvo buscándolo con la mirada, quería tenerlo controlado en todo momento y en todo lugar, y respiraba cuando lo hacía.

Se avergonzó por hacerlo, pero no podía evitarlo.

Supuso que era curiosidad y lo dejó estar. Pero en su interior y sin quererlo, seguía observándolo, vigilándolo.

La tarde dejó paso a la noche y los mozos solteros se reunieron con sus dulzainas y tamboriles para hacer la "Revetta de les Verges", la ronda a las mozas casaderas.

No todos sabían tocar los instrumentos, pero tampoco era necesario, lo importante era hacer ruido, despertar a la familia y que en un acto tradicional y rudimentario de generación en generación, el padre entregase a la moza casadera de sus hijas a los muchachos del pueblo. Cuando juntaban todas las chicas, se congregaban alrededor de una inmensa fogata a comer buñuelos y beber leche de cabra. Las madres acompañaban a sus hijas, pero no participaban de la fiesta, se quedaban como carabinas detrás del grupo, observando que todo fuera correcto.

Gabriel nunca había sentido especial interés hacía aquella tradición, pero aquella noche era lo que más había anhelado durante todo el día. Rondaron cada una de las casas que sabían y al llegar a la casona, los padres sacaron a sus hijas fuera de ella antes que los Marqueses fueran despertados y les mandaran lejos de allí con viento fresco.

Carmela vivía con sus padres en una de las casitas de adobe que adosadas unas a otras tenía el servicio y los empleados de la finca como viviendas.

El ajetreo y la algarabía eran tremendos y a la Señora de la Font no le hacía ni pizca de gracia todas aquellas tradiciones, tachándolas de vulgares y toscas. Las cosas en el círculo de la nobleza eran más sosegadas y protocolarias, aquellas eran fiestas de salvajes y animales.

Todos lo sabían, de modo que no deseaban darle motivos para azotar a nadie al día siguiente, así que de manera

voluntaria y mucho antes que llegara la comitiva, los padres y las madres de las casaderas de la Granja, ya les estaban esperando al lindero de la finca.

Sólo dos jovencitas, acompañadas de sus respectivas madres ostentaban el titulo de casaderas allí, de modo que al reunirse con el grupo pronto pasaron desapercibidas.

La madre de Carmela, Francisca de Descollar, era una mujer de apariencia frágil y enfermiza. Ambas poseían los mismos ojos olivinos tan característicos en su familia. Pero sus rasgos no eran tan pronunciados y felinos, sino más suaves y dulces.

Desde donde ella recordaba todos sus antepasados habían vivido siempre en la Granja, su padre, el padre de su padre, su bisabuelo, su tatarabuelo y así un largo etcétera que se remontaba a tiempos ancestrales. Se decía que fueron los mismos moros los que mezclaron su sangre con los paisanos que allí vivirían y dieron paso a los inicios de su familia. Los rasgos árabes que transmitían de generación en generación así lo atestiguaban.

De bien pequeña, el amo de la casa, el anterior Marqués de la Font, Don Baltasar Fortuny, se había fijado en ella y requerido sus servicios como criada personal. Planchaba su ropa, preparaba su alcoba, le tiraba el orinal y mantenía el agua caliente en la palangana de porcelana, para que el señor lo tuviera listo al despertarse. Este, era un hombre despiadado y con inmensos aires de superioridad que trataba a sus iguales como basura y a sus sirvientes como escoria. Tenía que lavarle los pies y aceitarle el cabello con esencias que ellos mismo fabricaban allí, en la farmacia, y si se le venía en gana, sin motivo ni razón, le propinaba intensas palizas con las vagas excusas de haberle arañado o tirado de un cabello.

Con el tiempo, las destrezas de Francisca no fueron en aumento sino en disminución, de modo que cuanto más se esforzaba, más torpe se volvía y más palizas recibía.

Se volvió desconfiada y esquiva.

Y cuando sus intensos ojos verdes perdieron la sonrisa, el amo se cansó de ella y la echo como a un perro fuera de la casa.

Salvador Descallar, la acogió en la suya. La mayoría de los parientes de Francisca se los había llevado alguna enfer-

medad o se habían marchado a buscar fortuna a la península, de modo que solo le quedaba, como única familia una vieja tía materna con intensos ojos olivina, casi ciega, que solamente repetía y repetía: "tus ojos serán tu don, niña, y tu desdicha".

Nadie mejor que Francisca sabía cuanta razón aquella vieja tenía.

Pero se agarró a Salvador como a un clavo ardiendo y se casó con él a la espera de ver el final del túnel de su desdicha. Los siguientes fueron años moderadamente felices en los que le dio tres hijos varones a su esposo, pero la dicha desapareció cuando el cuarto hijo fue una niña. Procuró ocultar a la niña cuanto pudo y en cuanto alcanzó la edad necesaria para ser desposada, la ofreció a toda familia que la quisiera como futura esposa para alguno de sus hijos.

Pero a Carmela todo aquello le sacaba de quicio de sus casillas, no entendía la poderosa obsesión que le conducía a su madre a ofrecerla como mera mercancía. De modo que cuanto más la incitaba al casorio ella más se negaba y más maldades cometía, así su bella apariencia quedaba eclipsada.

En una ocasión en que su madre la había prometido a una familia de la villa del puerto, cuyo hijo partía para la península a alojarse en casa de un familiar y probar fortuna, apareció con los cabellos enmarañados, los ojos inyectados en sangre, unas ojeras moradas que le colgaban hasta la mitad de las mejillas y unos andrajosos trapos enroscados al cuerpo a modo de vestidura. A la madre del joven a punto estuvo de parársele el corazón, de modo que sin mediar palabra sacó a su hijo de allí, quién sospechaba algo de la torcida trama y no estaba de acuerdo con dejar a la novia, y lo mando en el primer barco a la península, sin mujer, sin novia, sin futura y endemoniada hija.

Francisca estuvo a punto de apalearla, pero en el fondo de su corazón la comprendía, era victima de una maldición que perseguía generación tras generación a las mujeres de su familia, y ella no tenía la culpa, pero como todas anteriormente la habían sufrido ella también la sufriría, de eso estaba segura, sólo tenía una escapatoria y era la de huir de ella, casarse y tener una familia, envejecer lo más rápidamente posible y dejar que sus intensos ojos perdieran el brillo con prontitud, esa era la única manera de librase de ella, de que perdieran su viveza pero no su sonrisa.

Salvador Descallar, su padre, no opinaba lo mismo. No se había casado por amor, sino por misericordia hacía ella y egoísmo propio, ya se estaba haciendo viejo y sin esposa, los años que le quedaban de vida los viviría sólo. Necesitaba una esposa y una madre para los hijos que aún no tenía, y apareció Francisca, bien cierto que era hermosa, pero igual que bella era esquiva y arisca. Con el tiempo aprendieron a convivir el uno con el otro y lo hicieron bien, hasta que nació la niña. Entonces comenzó a hacer cosas extrañas, como ocultarla con el pañuelo blanco de "festón", colocado hacía delante en vez de hacía detrás como era la costumbre. Cuando su hija apenas había alcanzado la adolescencia ya andaba por ahí desesperada por desposarla, como si cuarentona fuera la niña, con alguien de fuera de la granja. Parecía estar desando que se la llevaran lejos y si le preguntaban el por que, siempre decía lo mismo: "¡para romper la maldición, para romperla!"; pero nadie llegaba a entender a que se refería por que esas eran las únicas palabras de explicación que profería y de ahí no había manera de sacarla.

CAPÍTULO IV

El duro jergón y el colchón de lana no eran los causantes de sus múltiples vueltas en la cama. Cuando terminó la fiesta y regresó al hostal, iba relamiéndose por el camino como un gato con el momento de tumbarse en la cama y rememorar todo lo ocurrido aquella noche. Lo revivía una y otra vez, cada detalle, cada olor, cada momento. Lo hacía tan vivido en su memoria como los recuerdos se lo hacían posible.

Enmarcaba cada situación en su cabeza como si fuera un lienzo y acudía a él a mirarlo a cada instante, a remirarlo, a admirarlo. Y lo saboreaba de mil maneras diferentes y añadía hechos que no habían sucedido, palabras que no había dicho y que habría deseado decir y otras que eran las justas, las precisas que se habían hablado.

La fogata era alta, deslumbrante, y los mozos y las mozas sentados, se reunían alrededor de ella. Se pasaban los canastos de Buñuelos y las jarras de leche de cabra unos a otros y cuando se acababan, alguna de las madres que estaba sentada detrás de ellos se acercaba a rellenarlos.

Ellas charlaban animadamente, mientras sus hijas escuchaban las conversaciones de sus compañeros. Pocas eran las que se pronunciaban sobre esto u aquello, puesto que el recato y el decoro de una señorita les impedía hacerlo. Las luces y las sombras que proyectaban las llamas permitían verse el rostro los unos a los otros. Cierto aire de misterio y oscurantismo se apoderaba de las sensaciones y los sentimientos. Era la hora de las brujas: la oscuridad y el calor del fuego evocaban cuentos de leyendas y de miedos.

Carmela estaba sentada justo enfrente de él, junto a la otra chica que había salido con ella de la Granja. A pesar de la escasa luz, sus ojos refulgían mezclados con los ocres, rojos y granates del fuego. De soslayo, Gabriel intentaba mirarla pero no lo conseguía, podía sentir los ojos de ella clavados en su persona. No apartaba la mirada, era pétrea y persistente, de modo que cuando Manuel alzó la voz sobre todos los demás para contar su relato y ella apartó la vista de él, sintió un profundo alivio para su persona y una gran desazón en su fuero interno.

—¿Sabéis la leyenda del "Moro ciego"? — preguntó, levantando el interés con su pregunta.

—Cuéntala, por favor — suplicó un joven rubicundo que estaba sentado a su izquierda.

—Los demás… ¿la sabéis? — insistió, Gabriel estaba sentado junto a él, al otro lado del joven y le dio un ligero golpe con el codo, para que dejara de hacerse de rogar.

—Por favor…,— suplicó un chico desde el otro lado — los que se la sepan que callen, los demás queremos escucharla.

—Está bien. — pausó un momento y comenzó el relato:

“Cuenta la leyenda que en el continente sur existió un señor moro ciego, que había comprado como esclavo a un cautivo de la isla. A este esclavo su señor le tenía mucho aprecio, puesto que era muy habilidoso y diligente en su trabajo.

Un día el señor le dijo:

Si hicieras lo que yo te pidiese y no engañases, te daría la libertad y todo el dinero que necesitases.

Diga qué quiere que haga, señor.

Si te enviase a la isla, no volverías, por que esa es tu tierra, pero si regresaras te aseguro que estarías muy contento de mí, puesto que te daría la libertad y todo el dinero que necesitases.

Diga que quiere que haga en la isla y confíe en mi palabra.

Pues bien, te daré siete pares de zapatos y con estos siete pares de zapatos partirás a la isla. Cuando estés allí, el lunes te pondrás un par de zapatos y con el par de zapatos puestos subirás a la parte norte de la isla y te pasearás por allí todo el día. Por la noche te sacarás los zapatos y les harás una marca para saber que son los del lunes y los guardarás bien guardados. Al día siguiente, el martes, te pondrás otro par de zapatos y con este par de zapatos nuevo te irás a la parte este de la isla y te pasearás por allí de nuevo todo el día. Por la noche les harás una marca para saber que son los zapatos que has llevado el martes y los guardarás bien guardados. El miércoles te pondrás otros zapatos y harás lo mismo en el sur y el jueves lo mismo en el oeste y el viernes en el sudeste, y el sábado en el noroeste, hasta el domingo, que te pondrás el par de zapatos que hará el numero siete y te pasearás por el centro de la isla todo el día, así pues la recorrerás entera con los siete pares de zapatos puestos, y por la noche a todos los harás una marca y los guardarás bien guardados, para estar seguro de qué días los has llevado.

Después, volverás aquí enseguida y me traerás los siete pares de zapatos bien envueltos y ten cuidado de no perder ninguno.

No se preocupe, que todo se hará así como usted dice.

Bien, — afirmó el señor complacido — y si vuelves no te arrepentirás, pues te recompensaré, te daré la libertad y todo el dinero que necesites.

El cautivo partió a la isla e hizo todo cuanto su amo le había ordenado y cuando volvió a su casa trajo todo como debía. Cuando el señor vio que había vuelto se puso muy contento, por que mucho había tardado y ya creía que no volvería. Rápidamente cogió los zapatos que llevaban la marca del lunes y poniéndoselos delante de la cara se los frotó por los ojos…, pero no ocurrió nada. Cogió los zapatos del martes, se los pasó por delante de la cara y se los frotó de nuevo por los ojos…, nada. Cogió el par del miércoles, y del jueves, y del viernes, y del sábado también y todos se los pasó por delante de los ojos…, y nada de nada. Cogió el par que hacía el numero siete, que era el del domingo y se los pasó por delante de los ojos y ¡mire!..., recuperó la visión. Su ceguera se quedó completamente curada y a partir de aquel día nunca dejó de ver bien. Cuenta la leyenda que fueron las hiervas curativas del centro de la isla las que obraron tal milagro y que de pura alegría y agradecimiento aquel moro que antes había sido ciego se abrazó al esclavo, lo besó y lloró con sus ojos nuevos y después le dio la libertad y tanta cantidad de riquezas y dinero, con el que regresó a la isla, que aún hoy en día sus descendientes viven ricos y libres por el regalo de aquel moro."

Todos suspiraron al unísono al concluir la historia y comenzaron a conjeturar sobre quién sería la descendencia de aquel esclavo y si eran estas o aquellas las hierbas milagrosas que habían devuelto la visión al moro ciego.

Un murmullo ruidoso y ávido de más historias abrazó la fogata.

—Yo sé otra historia…— se hizo escuchar el joven que con anterioridad había insistido en que Manuel contara la suya — es la leyenda del dragón de la isla, a quién mató un caballero.

—¡Yo la sé!, es el dragón muerto y seco que está en la iglesia del pueblo nuevo, el que se sitúa más norteño de la isla…— anunció otro de los mozos…

—¡Pues calla! — ordenó un tercero — y deja que la cuente el chico, que la noche es larga y da para muchos cuentos…

—De nuevo se hizo el silencio y el muchacho comenzó a relatar:

"Dicen las malas lenguas del pueblo nuevo que a orillas del acantilado mayor, desembarcó una vez un barco cargado de animales exóticos, camino de Oriente y…"

Gabriel estaba erizado, él y todo el vello de su cuerpo. Carmela había mantenido la vista fija en él durante toda la historia, su postura aparentemente casual, con una pierna estirada hacía el fuego y la otra ligeramente doblada; con las manos apoyadas en la arena por detrás de su espalda, formando un triangulo entre el hueco que dejaban los brazos y el cuerpo, le daban el aspecto de una Venus. ¡Era tan bonita!, y no apartaba la vista de sus ojos ni un momento, los mantenía allí, desafiante, riéndose de su rubor con ellos. En varías ocasiones intentó mantenerla la mirada, pero no pudo hacerlo, ¡era tan descarada y segura!, que tuvo que abandonar el intento; hubiera deseado atravesar el fuego, mezclarlo con el que ya llevaba dentro y abrazarla, pero era un caballero…guardando su decoro y el de ella, ni tan siquiera se permitió pensar el ello.

Sabedora de su poder, ella seguía mirándolo, callada y sonriéndole con los ojos.

Según las horas iban avanzando en la noche y el frío hacía estremecer los cuerpos menos jóvenes y fuertes de las madres, algunas comenzaron el baile de despedida. La madre de Carmela sintió escalofríos debido a que las temperaturas estaban bajando, pero se acurrucó por debajo de su capa y se cubrió la cabeza con una gruesa mantilla. Se había propuesto aguantar todo lo posible, toda oportunidad era poca para casar a su hija. Y si las candidatas iban saliendo, las que quedaran serían las elegidas.

Una madre, de las mas mayores del grupo, fue a recoger a su hija. Esta, estaba sentada justo al lado de Gabriel, de modo que quedó este puesto libre. Con un movimiento rápido y grácil, Carmela ocupó su lugar. Gabriel quiso morir. Un intenso calambre eléctrico le sacudió el cuerpo

cuando al sentarse en el suelo, ella se apoyó sobre su hombro en un aparente ademán de conservar el equilibrio. A pesar de la fría noche sintió su mano cálida quemarle la piel y dejarla en carne viva. Nunca jamás en toda su vida sintió tan latente dentro de él el deseo.

Manuel estaba acostado a su lado en un colchón de paja en el suelo. La improvisada cama era lo único que habían podido conseguir aquella noche después de los festejos, todo el pueblo estaba lleno. Durante un largo rato estuvieron discutiendo quien dormiría en la cama y quien en el suelo. Pero los deberes de hermano mayor que Manuel solito se había impuesto, no le permitieron aceptar el lecho y a regañadientes Gabriel se tumbó en él.

El sueño no llegaba y retozaba y retozaba en sus vividos recuerdos.

—¡Quieres hacer el favor de parar, con ese ruido no hay quién duerma! — se quejó Manuel, cubriéndose con la manta la cabeza.— ¿qué demonios te pasa, para dar tantas vueltas?

—¡Quiero casarme con ella! — le soltó sin preámbulos ni disección

—Pues pídeselo y duérmete — asomó la cara por la manta con los ojos apenas abiertos.

—¿Ahora? — le miró con interés

—Sí, ahora… ¿Es que tú eres así de tonto y lo disimulas, o esa chica te sorbió el cerebro? — se dio la media vuelta de un tirón y metió la manta por debajo de sus axilas — ¡Son las seis de la mañana! ¿Quieres que su padre te mate?

—Es verdad… — pensó contrariado — ¿Mañana?

—¡Qué pesado!, mañana salimos pronto a la villa del puerto, ¿no crees que sería más sensato esperar un poco?, va a parecer que la dejaste preñada…

—No por Dios, yo jamás…

—Lo sé idiota, tú jamás, pero jamás, jamás…, ¡apenas si te has acercado a ella!.

Primero tendrás que decírselo a tu padre y luego deberás ir a pedirle la mano al suyo, como manda la costumbre ¿no?...

—Eh…, sí claro, como manda la costumbre…— se sentó en la cama y comenzó a hablar de nuevo cuando sintió en todo el rostro el fuerte impacto de un objeto duro — ¡ay! — gritó —¿pero que es esto…?

—¡O te callas ahora mismo o te lanzo la otra bota! — Manuel se volteó hacia la pared de nuevo y mullendo el colchón con el peso de su cuerpo comenzó a roncar.

Gabriel entusiasmado, comenzó a enumerar mentalmente todas las cosas que tenía que hacer a partir de aquel momento. Todo cuanto tenía que preparar, a todos los que tenía que comunicarles la buena nueva…, y agotado al llegar el alba, por fin pudo conciliar el sueño.

La luna, brillante y cómplice, se asomaba tímidamente a través de los cristales de la ventana ya rayados por el pasar del tiempo y el frio de la estancia convertía en vapor cálido la simple respiración rítmica y tranquila de ellos.

A la mañana siguiente partirían a casa de nuevo, y los quince kilómetros que distanciaban la villa del puerto de la Granja se le antojarían eternos. Una maldita distancia que separaba lo banal de lo divino, lo pasajero de lo eterno. Iría contando sus pasos, los altos, los bajos y las curvas del terreno, iría memorizando a ojos ciegos cada piedra y cada árbol, cada animal, a cada uno de sus compañeros. Porque cuando se casara ya no volvería a salir de allí. Había encontrado su lugar y en él quería pasar el resto de su viva, nada fuera podía ya atraerle. Lo mejor del mundo, lo más bello, estaría dentro: su esposa, sus hijos y su terreno.

CAPÍTULO V

El mismo día que anunció su compromiso, anunció también su despedida.

Había estado buscando las palabras precisas con las que comunicárselo a su padre, y aunque sabía que él no objetaría, no quería herir sus sentimientos. En ningún momento dejó de ser un buen padre para él. ¡Le había enseñado tantas cosas!, y siempre estuvo ahí cuando fue preciso.

Por una parte ya era un hombre, y como tal era ya de esperar que cualquier día sucediera lo inevitable: un compromiso para casarse. Por otra parte no tenía nada que reprochar a estos veintidós años de vida; había sido feliz en todos y cada uno de ellos. Siempre supo cual era su lugar en la familia, con lo que cuando pasó a un segundo término a los ojos de Ernesto, su padre, no se molestó, sino todo lo contrario, le hizo más fuerte, se dedicó diligentemente al trabajo y a aprender cuanto podía. Aprendió a sumar, a leer y el arte de la escritura. Cuando aún era niño, aprovechaba la llegada de los barcos para conocer a sus viajeros, las costumbres que traían de aquellas tierras de las que procedían, y los libros. ¡Eran un tesoro!, si por casualidad conseguía alguno, lo guardaba como oro en paño y aunque su manera de leer era muy básica, confiaba que algún día tendría tiempo para aprender mejor y deleitarse con ellos, en la extensión de la palabra: leerlos.

—¡Padre! — exclamó Gabriel al entrar en su despacho.

Tenían una modesta casa en la villa del puerto que compró cuando aún era viudo y ahora se les estaba quedando pequeña. Los niños crecían y en las habitaciones apenas cabían ellos y sus pertenencias, en más de una ocasión se planteó mudarse con la familia a la península y buscar allí una buena casa, grande y con terreno suficiente para tener animales y huerta. Pero, estaba cansado y la sola idea de volver a comenzar en otra parte le echaba para atrás. No obstante su esposa era hacendosa y una buena ama de casa, atendía con diligencia sus quehaceres y sabía llevar con mano firme pero misericordiosa, al servicio, de modo que

cuando trataba con ella dicho asunto, cada vez se le antojaba más suculenta la idea.

Quizá un par de institutrices para los niños, ¡que no todos eran como Gabriel, ávidos de cosas nuevas!, algunos tenía que castigar para atender a la maestra. Quizá un jardín con rosas de pitiminí para ella, nunca se quejaba y era buena… ¡un jardín, seguro la haría feliz!…

Ensimismado en sus pensamientos estaba cuando Gabriel atravesó la puerta.

—¡Padre! — exclamó de nuevo una vez dentro y cerrándola tras de sí. A pesar de no ser su hijo natural, siempre quiso que siguiera llamándolo padre, así lo había adoptado y así había querido que fuera.

—Sí, Gabriel… — contestó levantando la vista del cuaderno de cuentas que revisaba cuando el santo se le fue al cielo.

—Tengo algo que decirte…— su voz sonaba tan seria y trascendental que Ernesto se alarmó. No era propio de su hijo exagerar en alegría y era un chico quizá excesivamente formal y discreto, pero…, parecía que la cosa iba más allá, que era algo importante aquello que se traía entre manos. Quiso pues, tomarse la molestia de escucharle con atención, de modo que se reclinó en su sofá de cuero de respaldo alto y lo miró atentamente.

—¿Y bien?…— le instó a continuar, una pausa ligeramente incomoda acompañaba al final de las palabras de cada uno — ¡tú dirás!…

—¡Voy a casarme!

—¿A casarte?

—Sí, padre.

—Pero… ¿cuándo?, ¿con quién? — no es que le sorprendiera que se fuera a casar, algún día suponía tendría que hacerlo, pero…, nunca le había visto mostrar interés especial por ninguna chica y ahora…¡iba a casarse!, no daba crédito.

—Es una chica de la Granja — le aclaró.

Ahora lo entendía, él nunca había ido a aquel lugar, puesto que los menesteres que allí se fraguaban los atendían Gabriel y Manuel. Y puesto que nunca se había formado ningún contratiempo, no tenía lugar ocuparse personalmente de ello. Pero ahora todo empezaba a encajar en su cabeza. Las ofertas persistentes que le hacía su hijo a Don Sebastián Cirer, con la excusa de un excelente grano, o acercarles el pescado que compraban en el puerto afirmando que llevárselo les pillaba de camino, las escapadas nocturnas a Dios sabe que lugar… Y aquel corte de pelo tan poco varonil que le hizo el barbero. Dijo que era la moda, pero con el ceño fruncido pensó que los gustos de su hijo adoptivo no eran muy masculinos. Al informarle sobre su boda, se le desvanecieron todos los miedos y, pensando en todo aquello, una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Bien hijo, bien…— se levantó resuelto de su mullido sofá y, rodeando la mesa, se acercó a Gabriel — y… ¿dónde vais a vivir?, porque…, necesitaréis una casa, ¿no?

—No, padre…— le contestó con una seguridad que le dejó helado.

—¿Ya la tenéis? — retiró con una mano los papeles alborotados que había sobre la gran mesa de caoba que coronaba la sala y se medio sentó sobre ella.

—No exactamente.

—¿Cómo que no exactamente?, ¿qué quieres decir? — el interés de Ernesto iba en aumento.

—Quiero decir que eres a la primera persona a quien se lo digo, después de Manuel, claro…

—A sí, Manuel — sintió una ligera punzada de decepción cuando escuchó que él no había sido el primero en quién su hijo pensó para informarle de tan importante acontecimiento.

—…Y aún no esta nada concreto. Ni la casa, ni la chica, ni la boda. No obstante tengo la sensación de que todo va a salir como deseo…

—¿Y qué es lo que deseas?, por favor hijo, ¡que me tienes en ascuas!

—Deseo casarme con Carmela, una joven, hija de unos menestrales de la Granja de la Font. Quiero pedirle trabajo a Don Sebastián Cirer, que ya me conoce y sé de buena fuente que anda en busca de jornaleros. Y quiero vivir allí con ella y tener hijos e hijas, y nietos y nietas…

—¡Pero Gabriel! — exclamó alarmado, no daba crédito a las palabras de su hijo y según este iba hablando cada vez le eran más difíciles de digerir — ¿cómo te vas a ir a una Granja a cultivar la tierra?, tú no sabes nada de labranza y aquí a mi lado tienes un buen trabajo y un porvenir y todo el dinero que pudieras necesitar…

—Sí, padre, es cierto, pero me falta ella…

—Pero ella puede venirse contigo, puede salir de esa granja y compraros una casa en el puerto o venir a vivir con nosotros a la península, que sabes tu madre cuanto lo desea — se puso de pie y cogió de los hombros a Gabriel hablando con cierto aire de súplica.

—Padre, — explicó pausando en cada palabra — la quiero a ella sobre todas las cosas, pero también amo esa tierra…, me siento parte de ella, es su olor, el brillo del sol cuando la baña y cuando la lluvia la riega…, es como estar arropado y desnudo a la vez…, es una calma que te acoge y te va recorriendo las venas…, padre, sabes que te amo tanto o más que si llevara tu sangre corriéndome por las venas, pero siento que pertenezco a ese lugar y que él a mí me pertenece. ¡Déjame ir allí con ella y dame por favor tu bendición!, para que sean largos los días de mi vida y mucha la dicha que me espere…, para que no sienta que te he abandonado y que parte de tu enseñanza, incluso parte de ti, me llevo conmigo a ese lugar. Padre…— suplicó a la vez que se le quebraba la garganta. Se la

aclaró con brusquedad y retomó la compostura. — …en cualquiera de los casos entenderé que no me bendigas, puedo devolverte tu apellido, que tan generosamente me diste el día que me sacaste del orfanato y darte las gracias por estos años de vida…

—Hijo…, — Ernesto le abrazó como nunca lo había hecho hasta entonces y las lágrimas corrieron por sus ojos — ¡eres mi bien más preciado, la mejor de todas mis joyas!, mi mano derecha y también la izquierda… ¡como había yo de negarte nada!, y aunque con tu partida me partas el alma, sabes hijo que con ella te llevas toda mi bendición y todo mi cariño, y no es un regalo, te lo aseguro, es el salario que tan concienzudamente te has ganado…, ¡hijo!..., ten mi bendición y mi apellido, que me sentiré orgulloso siempre de que alguien como tú…, lo lleve.

—Gracias padre… — le devolvió el abrazo que anteriormente éste le había dado y durante un largo rato permanecieron allí, en mitad de la sala, abrazados.

Ernesto había insistido en darle dote como si de una novia se tratase y de ser él mismo quién fuera a pedirle la mano a la novia para su hijo, pero Gabriel se había negado, ya sentía que le debía demasiado y quería comenzar esta nueva etapa de su vida por sus propios medios. Quería ser él quien se presentase en la casa de Carmela y ser él quien encontrase trabajo y ser él quien se abriera camino en aquella nueva tierra.

A las pocas semanas del anuncio, Don Ernesto Truyols decidió aceptar una oferta que le hacían para comprar una enorme casa desde la península. Los negocios con la isla continuarían, pero ya Gabriel no estaría allí, de modo que podía darle gusto a su esposa y comenzar en otro lugar. La capital era un buen lugar, estaba creciendo como la espuma de una jarra de cerveza y el comercio era muy necesario allí, sus hijos podrían heredar el negocio e incluso expandirlo. Gabriel ya no le necesitaba. Manuel se iba con ellos a la península. Ya era duro perder a un hijo y tan diligente trabajador, como para perder a otro. Éste conocía de sobra el negocio y sería el encargado de enseñar a Raúl, su hijo

mayor, quien, como marcaba la costumbre, sería el que lo heredaría.

Carmela esperaba con ansiedad alguna noticia de aquel, su caballero andante. Pero pasaban los días y no recibía ninguna. Estaba segura de que algo había pasado aquella noche, estaba segura de sí misma, no eran pocos los mozos con los que había tratado y creía saber cómo pensaban. Y la mirada de él no dejaba lugar a dudas. Pero…, los días se le antojaban eternos y aquello se estaba convirtiendo en una dura y larga agonía. Quizá estuviera confundida y… Entonces todo volvería a comenzar de nuevo, otra vez la misma pesadilla de siempre, su madre buscándole marido entre jóvenes guapos y tontos, o feos y ricos. En su corazón ya había elegido. Aquella voz…, la imaginó susurrándole al oído…, y…, aquellos labios que se movían dulce y juguetonamente a su compás, capaz de hacerle volver loca a cualquiera. Sí, definitivamente, la elección estaba echa.

Ahora solo cabía esperar el momento de su llegada, el momento en que irrumpiera con decisión su monotonía y llamara a las puertas de la casa. Entonces hablaría con su padre y una colección de chiquillos de la Granja le seguiría y su padre, observándolo de hito en hito, le haría muchas preguntas. Después tomarían leche agria, acompañada de pan negro y ajo y discutirían los pormenores del compromiso. No se lo pondría fácil, lo sabía, porque su padre era un hombre sensato que, al revés que su madre, no la entregaría a cualquiera; él buscaba un buen esposo para su hija. Después dejaría los quehaceres su madre y se sentaría con ellos a charlar del casorio y los preparativos de la ceremonia. Por último, saldría ella.

Estaría radiante con su camisa de lino nueva. Se recogería el pelo con un moño a la antigua usanza y se pondría su pañuelo de festón blanco, el pañuelo de soltera. Pronto lo cambiaría por el de cuadros con fondo granate que era el que se ponía la novia el día de su boda, y la identificaría como mujer casada. Ya tendría que empezar a bordarlo con sus iniciales como era la tradición. Él la miraría y pondría de nuevo esa cara de pánfilo que tanto la gustaba y la hacía reír son tan sólo su recuerdo. ¿Y su ajuar?, llevaba años bordando y preparando, a instancias de su pesada madre… ¡Por fin habría de usarlo!

Y se uniría a ellos para dar su consentimiento, y consentiría…, ¡claro que consentiría!, y su madre sería feliz, y su padre se alegraría, y ellos…, ellos se mirarían de soslayo cada vez que pudieran, y los demás…, los demás lo permitirían.

Los chiquillos esperaron a la puerta de la casa de adobe a que la petición de mano fuera formalizada y después repartieron vino y ensaimadas rellenas de crema de leche de cabra. Las mozas se sonrojaron soñando con el momento de estar en lugar de la novia y los mozos perdieron la oportunidad de llevarse a Carmela.

CAPÍTULO VI

El sol ya estaba muy alto en el cielo y calentaba de verdad. Era algo inusual para un mes de noviembre que aún hiciera tanto calor. Parecía un regalo tardío del verano que se resistía a abandonarnos y una holgazanería del invierno que no tenía ganas de ponerse a trabajar de una vez.

Habíamos pasado toda la mañana recolectando frutos y ya se iba acercando la hora de la comida. Las tripas me rugían dentro del cuerpo y miré a mi padre con ojos suplicantes, con el deseo de dejar ya el trabajo y bajar a comer a casa, pero…, no me atreví a pronunciar palabra.

Padre llevaba ya un rato en silencio y yo sabía de sobra que estaba triste, casi podía intuir que era lo que estaba pensando. Me daba miedo entristecerlo aún más y ya esta mañana, contándome cosas de la Granja había hablado bastante. Dejé que permaneciera así, en silencio, un largo rato.

—¿Bajamos ya? — me preguntó al fin

—Sí padre — le contesté aliviado — por fin veía más cerca el momento del almuerzo.

Descendimos sin pronunciar palabra del pequeño monte que se alzaba por detrás de la casona. Allí se encontraban los mejores frutos rojos y las moras más gordas y tardías de la estación, que ya eran pocas. Pero habíamos conseguido llenar los canastos a un nivel aceptable, de modo que yo, a duras penas podía con el mío. Mis escasos seis años me daban fuerza para trabajar, pero no la suficiente para levantar tanto peso. Así pues, padre abrazó con fuerza el suyo rodeándolo con su brazo y cogió de una de las asas del mío, de donde tiraba yo con todas mis fuerzas agarrado al otro extremo.

Andábamos con cautela, midiendo los pasos de nuestro camino, la vegetación había cubierto parcialmente el camino y había que ir esquivando los matorrales y las zarzas. Uno al lado del otro. De vez en cuando le observaba por el rabillo del ojo. ¡Una sonrisa!, qué extraño, pensé para mis adentros, sabía que él estaba triste y aquella mueca de su boca no me encajó en absoluto. Tímidamente volví a mirarle, pero su semblante de nuevo era serio. Ya no sonreía. Seguramente habían sido figuraciones mías.

Si la Granja era hermosa, el bosque era la corona que la engalanaba. No necesitaba hacer grandes esfuerzos para verse por allí correteando de la mano de su esposa. La sentía cálida y latente aún en la suya, recorriendo los dos juntos el camino. Sentía vívidamente su respiración y su aliento…, sentía su calor y también sentía su miedo.

Sacudió la cabeza de un lado para el otro y así, de ese modo, consiguió sacar de allí esos pesimistas pensamientos y volvió a recorrer con la mirada el bosque, de nuevo.

Entrecerró los ojos y *sonrió*.

Recordaba como si fuera ayer el día de su boda.

El gran día había llegado y Gabriel estaba como un flan a la puerta del la iglesia del pueblo. Las piernas le temblaban, las manos le sudaban y estaban tan hinchadas que apenas podía cerrarlas en puños. Sintió correrle una gota de sudor por la nuca y otra por las sienes y sacó el pañuelo con sus iniciales que le había bordado Carmela durante el noviazgo.

Ella estaría a punto de llegar y ya no veía el momento.

Sonaron los tamboriles y las flautas y aún sin verla supo que se estaba acercando. La comitiva de la novia que la precedía doblaba la esquina de la plaza del pueblo. Las vírgenes lanzaban pétalos de geranios y rosas por el camino y los mozos bailaban al son de los golpes que emitían los músicos en las tripas tensadas de sus instrumentos.

¡Allí estaba! La vio aparecer y se le congeló el aliento. ¡Estaba radiante, preciosa! Pero no como todas las novias, porque ella era la suya…, era la suya propia.

Avanzó con firmeza y gracilidad como solo ella sabía hacerlo. El cabello lo cubría con el pañuelo a cuadros bordado de fondo granate. La seda que lo formaba se acoplaba perfectamente al óvalo de su cara. Estaba atado por debajo de la barbilla formando un volante sobre los hombros. El "zarzalejo" o falda de paño que llevaba era amarilla, esta, tenía diferentes colores según la categoría social, el suyo, la identificaba en las clases más humildes, siendo el verde para la clase media y el rojo para los ricos. En el interior llevaba la "Faltriquera"donde guardaba su pañuelo de seda bordado. La llevaba atada a la cintura con cordones y se accedía a ella por la abertura lateral del "manteo", situada junto encima del zarzalejo y por debajo de él. Este era una falda de rico y fino paño color negro que en esta ocasión especial lo llamaría "cinta de agremanes o abalorios", porque el de la boda era diferente del que se usaba habitualmente. El "mandil" era lo más lujoso que pudo hacérselo, era la prenda que más destacaba en el traje de ceremonia y en la que se invertían largas horas de bordado en sedas y felpillas, pedrería y puntilla negra para que fuera lo más ornamentado posible. Su "jubón" era precioso, más que por la prenda, por lo bien que se le acoplaba al cuerpo. Se abotonaba por la parte delantera y las mangas terminaban en puños ajustados, adornados con terciopelo o agremanes negros, insinuándose la puntilla blanca.

Encima del jubón llevaba el rico pañuelo de merino negro. Como iba a entrar a la iglesia la novia iba cubierta con el tradicional "manto" de ceremonia.

Su madre, que en esta ocasión hacía las veces de madrina, le había puesto el manto, como mandaba la tradición,

antes de salir para el altar. Después de aquel día lo guardaría con mimo y cariño, deseando no volver a hacer uso de él, puesto que como debía, sólo lo habría de sacar ya para el entierro de su marido. La mantilla sustituiría al manto en las posteriores ocasiones de festejos. Ambos estaban adornados con cinta de terciopelo y en el caso de la mantilla, orlada la cinta con agremanes negros. En verano sustituiría la mantilla por el "dengue" que era más fino y liviano. Hasta ahora el suyo había sido de color vino, como llevaban las mocitas solteras, pero ahora, al ser casada, lo cambiaría por el color negro.

La falda blanca o "enagua" le asomaba por debajo del "zarzalejo" y el "manteo". Hecha con tablas y vuelo le daban volumen a la indumentaria y sólo se apreciaba levemente su existencia por las puntillas y el bordado que se dejaba entrever por los bajos.

Las cintas que llevaba colocadas en la parte posterior del manteo y por encima del cierre del mismo era la prenda más típica y se llamaban "letreros". Levaban leyendas bordadas como las ligas del traje masculino y era el novio quien las regalaba a su novia entre las donas para el día de la boda. La suya rezaba en bordado: "Viva mi querida novia en el amor de su dueño". Las puntas blancas eran la terminación de la "pañoleta" o "aseo" que se colocaba entre el jubón y el pañuelo para defender a este del sudor, de modo que asomaban sus puntas blancas por la parte de atrás y enmarcaban las cintas.

Calzaba unos zapatos de "oreja" de medio lujo y medias largas y blancas. La "gargantilla" de su cuello era la única joya propia que había conseguido para el día de su boda. No se la había regalado Gabriel como era la costumbre, sino que su madre se la había dado como obsequio para tal ocasión. Era la herencia de familia que tenían y la pasaban de madres a hijas. Ella, como única hija de Salvador y Francisca, primogénita o no, era quien la recibiría. Por último llevaba algo prestado de una de sus vecinas, los pendientes de "calabaza" y los anillos para las manos.

Entraron en el pequeño habitáculo principal de la humilde capilla, en dirección al austero altar mayor. Allí, en ceremonial silencio y con ambas manos juntas a la altura del pecho, les esperaba el párroco.

Poco a poco el mundo se fue convirtiendo en un entorno borroso, en una nebulosa incierta de gentes que les sonreían, les abrazaban, les agasajaban y por último, les felicitaban. Después el baile, el banquete, las flores, la fiesta…, todo seguía dando vueltas y vueltas a su alrededor impreciso, inconcreto, al compás de la música y se tomaron fuertemente de las manos, dejándose llevar sin resistencia por la ceremonia.

Fue cuando todos se marcharon y llegaron a su nueva casa, cuando tomó conciencia de nuevo de todo lo que le rodeaba, de cuanto estaba pasando y que, además no era un sueño, sino cierto y verdadero.

Su nueva casa era la primera de adobe y piedra que se había construido en la Granja entre los menestrales. Él no tenía idea de construcción, pero su suegro era bien diestro con el nivel y la paleta. De este modo y con la desinteresada ayuda de algunos de sus futuros compañeros de trabajo y vecinos, a quienes también se les ayudó en su día, en los ocho meses que precedieron a la boda, construyeron la casa para los novios. Era modesta pero acogedora. Las mujeres ayudaron con el escaso y austero mobiliario interior, pero el toque femenino de Carmela fue definitivo para convertir aquella modesta vivienda en un verdadero hogar. Tenía dos plantas, también en esto era la única, puesto que las demás sólo contaban con la planta baja. Pero es que ellos la necesitaban grande, pensaban tener muchos, muchos hijos y pensaban llenarla entera.

Lo miró de hito en hito y suspiró: ¡su hogar!, era cuanto deseaba, era todo cuanto pedía.

Tomó de la mano a su reciente esposa y la condujo a través de la puerta. Ella hizo un ademán con la suya para indicarle que fuera subiendo las escaleras.

Entró solo en la habitación y se sentó en la cama. La cabeza le daba vueltas y su cuerpo estaba fuera de su control, no parecía suyo.

Carmela entró en la habitación solamente vestida con un delicado camisón blanco de algodón, sujeto a la altura del pecho con unos cordones formando cruces al estar anudados. Le miró a los ojos y sin dejar de hacerlo, con un